

Comprender la nación: identidad, interdependencia y violencia política*

Ingrid Johanna Bolívar

Este artículo presenta algunos elementos conceptuales y referencias empíricas de la discusión sobre los vínculos entre violencia política y construcción de la nación en Colombia. En la primera parte se identifican y discuten algunos de los “hábitos de pensamiento predominantes” en torno a la nación colombiana. En la segunda se reseñan algunas de las principales discusiones actuales en las ciencias sociales acerca de la nación; en esta sección se establece una diferenciación entre los distintos tipos de preguntas en torno a la nación y las consideraciones metodológicas que se desprenden de cada una de ellas. Aquí, las invocaciones a la nación suelen confundir dos niveles analíticos: el nivel de lo que predica el actor social (las preguntas por el qué tan identificados se sienten ciertos grupos sociales con la nación colombiana) y el nivel más “estructural” o, si se quiere, “sociogenético”, que tiene que ver con las condiciones de interdependencia social que hacen posible la emergencia de esa forma particular de comunidad que es la nación.

En la tercera sección se recogen los diferentes tipos de preguntas sobre la nación y se enuncian dos vías específicas en las cuales los procesos de violencia política activan, actualizan o ponen en marcha dinámicas de construcción nacional. En esta parte se utiliza información de campo que otros investigadores colombianos han publicado sobre la violencia o el conflicto armado, pero que ellos no necesariamente interrogan en la dirección que sigue este trabajo.

* Una versión inicial de este texto fue presentada en el Seminario Internacional “Nación, ciudadano y soberano”, realizado por el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia en octubre de 2004.

1. La revisión de nuestros hábitos de pensamiento

En el lenguaje político y analítico sobre la nación llama la atención cierta valoración positiva cuando se habla de “construir nación”, pues eso parece algo propositivo, “bueno” por sí mismo. “Tener nación” emerge como una necesidad, como un destino por alcanzar. Es frecuente entre nosotros escuchar un lamento porque “no somos” o “no tenemos nación”, “porque no nos identificamos lo suficiente con ella”, “porque predominan las identidades regionales”, “porque solo nos sentimos colombianos en los triunfos deportivos” e incluso “porque los actores armados, al parecer, ‘carecen’ de proyectos nacionales”, entre otras denuncias. El interés por identificar lo que el sociólogo judío alemán Norbert Elias denominó “nuestros hábitos de pensamiento” parte de la constatación de que ellos revelan la comprensión predominante del orden social y, en este caso específico, del mundo de la política.

Si un investigador social pretende inscribir sus hallazgos en el sentido común de su sociedad, debe identificar los principales elementos de esos marcos interpretativos. En sus distintas investigaciones, Elias vuelve una y otra vez a los supuestos, a lo que llama “los deseos y temores” implícitos en las explicaciones que damos del mundo social. No se trata solamente de una revisión del “sentido común”. Elias analiza permanentemente los supuestos desde los cuales parten los términos técnicos que las ciencias sociales utilizan para comprender el orden. Al hacerlo, el autor descubre la tendencia de las ciencias sociales, y particularmente de la sociología predominante desde mediados del siglo XX a utilizar conceptos que han resultado del desarrollo a largo plazo de sociedades determinadas, como si fueran la expresión de las formas últimas o incluso las formas deseables de organización social. En este punto, él comenta críticamente la inclinación de las ciencias sociales a asumir como propio el lenguaje político específico acuñado en los procesos de centralización estatal y nacionalización de las sociedades europeas. El autor critica que tal lenguaje político tiende a imponerse en el análisis de las distintas experiencias históricas y formas de organización social que coexisten en el mundo en la actualidad, sin que se preste suficiente atención a los procesos de largo plazo que están implícitos en esos conceptos.

No se trata aquí de que los conceptos acuñados por los “ilustres varones europeos muertos” no nos sirvan y ya, sino de que el uso adecuado de todo concepto y, en este caso específico, de conceptos como los de nación y violencia política, exige conocer las condiciones históricas y las experiencias que permitieron su formulación. En otras palabras, exige conocer los procesos sociales de largo plazo que hicieron posible la emergencia de ese tipo de ordenamiento de la vida social, de esa forma de comunidad que se denomina “nación”. Elias insiste en que los conceptos que se

utilizan en el análisis social deben permitir comprender cómo y por qué las sociedades han llegado a ser lo que son, sin dar por supuesta una meta final. Para que esto quede claro es útil recordar que algunos discursos hacen de la nación la forma privilegiada y deseable de comunidad, “por encima” o “como superación” de la región, el grupo étnico o cualquier otra forma de pertenencia y autocategorización.

Pero, ¿por qué introducir aquí toda esta discusión sobre los supuestos de la producción de categorías? Porque usualmente se olvida “la morada material”, las “condiciones de la experiencia” que hicieron posible tal producción de conocimiento. Más puntualmente, porque en los debates sobre la nación tiende a considerarse que ésta es buena o deseable por sí misma, y que si nuestra sociedad no disfruta de ella es por alguna “malformación histórica”: la “debilidad” del Estado, la “fragmentación” de las élites, la “falta” de un proyecto integrador. Al respecto es muy significativo, y no ha sido objeto de reflexión sistemática entre nosotros, el hecho de que gran parte de nuestros análisis políticos estén hechos en términos de lo que nos falta, de lo que en nuestra experiencia histórica ha sido distorsionado. Se habla, entonces, de lo que le hace falta a Colombia para ser Estado, lo que falta para tener una nación, para ser un país de ciudadanos, etc. Aunque el énfasis en lo que “nos falta” parte, en ocasiones, de una mirada a largo plazo, tiende a desconocer que el proceso social debería conducirnos a ser Estados, a ser naciones como imaginamos que lo son las sociedades europeas. Además, resalta el hecho de que nosotros imaginamos que las sociedades europeas sí son naciones, sí son Estados, sí son repúblicas de ciudadanos, pero ignoramos el proceso que las han llevado hasta allí —cuando lo son— o las fronteras y conflictos internos que aún tienen lugar en ellas.

Y es que no se puede ignorar el hecho de que el análisis de la vida política carece de cualquier tipo de distanciamiento frente al lenguaje con el que se hace la política en esta época. Dicho de otra manera, se utilizan “analíticamente” los mismos términos, los mismos deseos y temores que se usan “políticamente”. Aquí no se supone una separación directa entre lo “analítico” y lo “político”, solo se constata que en aquellos campos de conocimiento en los cuales el lenguaje retoma directamente la experiencia tal y como es formulada por el discurso político, es urgente la reflexión sobre los procedimientos con que se construye el problema de investigación.

Para los objetivos de este artículo, es importante desconfiar de ese halo positivo implícito en el enunciado “construcción de la nación”, así como señalar la tendencia de nuestros análisis políticos a recalcar “lo que nos hace falta” y, por esa vía, a convertir nuestra experiencia social en “anomalía”. Este trabajo hace un esfuerzo por separarse de esas reclamaciones y su preocupación no es mostrar que la violencia política “nos ayuda” o “nos impide” ser nación. Más bien se va a insistir en que por la vía de la

violencia política se han activado y puesto en marcha algunos de los procesos sociológicos que varios autores consideran característicos del tipo específico de integración social y de estratos que se ha reconocido como “nación”. En este punto vale la pena nombrar autores como Eric Hobsbawm, Ernest Gellner, Norbert Elias y Anibal Quijano, quienes recuerdan que la nación y la organización del mundo en sociedades Estado-nacionales es una forma histórica de la dominación política burguesa.¹ También se debe reconocer que la vida social implica la producción de representaciones y formas de autoconciencia que puedan resultar gratificantes y protectoras y, en esa medida, que el anhelo de “nación” de algunos grupos sociales está habitado por el interés —algunos dirían la necesidad— de producir formas de comunidad e integración social en un mundo amenazante. Lo problemático son los análisis de la vida política que no discuten esas demandas autogratificantes.

2. Nación: tipos de pregunta y colonialidad del poder

En un trabajo anterior se reconstruyeron con detalle distintos debates actuales en torno a la nación, su especificidad frente a otras formas de agregación social, sus vínculos con el poder político y el Estado, su papel en la transformación de las sociedades contemporáneas y sus relaciones conflictivas con el multiculturalismo.² Para este trabajo es necesario retomar tres cuestiones: los tipos de pregunta sobre la nación, los principales rasgos del proceso de nacionalización de sociedades y, finalmente, la producción política de representaciones y autoimágenes.

2.1 Lo que predica el actor y las “condiciones sociogenéticas”

En el análisis de los procesos de construcción de nación es preciso pasar “por un doble momento analítico”. Primero, el momento centrado en el actor, en sus comportamientos y en el sentido que le asigna a la pertenencia nacional; segundo, el análisis de la génesis de esa forma de autclasificación, sus mecanismos de construcción y difusión; en últimas, las condiciones que la han hecho posible.

-
- 1 Eric Hobsbawm. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 1995; Ernest Gellner. *Naciones y nacionalismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1993; Norbert Elias. “Los procesos de formación del Estado y de construcción de la nación”. *Revista Historia y Sociedad*, 5, Medellín, Universidad Nacional, 1998; Anibal Quijano. “Estado-nación, ciudadanía y democracia: cuestiones abiertas”. En: Helena González y Heidulf Schmidt (coordinadores). *Democracia para una nueva sociedad (modelo para armar)*. Caracas, Nueva Sociedad, 1997.
 - 2 Ingrid Bolívar et al. *Nación y sociedad contemporánea*. Bogotá, Ministerio de Cultura, Colección Cuadernos de Nación, 2001.

La nación, en tanto representación y autocaracterización, pasa por la conciencia de los actores, pero ha sido puesta ahí a través de distintas dinámicas sociales y en medio de diversos conflictos políticos.³ En esa medida, el estudio sobre lo que el actor predica de sí mismo y con respecto a la nación queda incompleto sin una revisión de “las condiciones de interdependencia social”, de las formas de relación social que dan lugar a tal percepción, que la sostienen y la limitan. Pero esto también se da al contrario: el estudio de la construcción de la nación no es igual al estudio de la transformación de los procesos “objetivos” (mayor integración territorial, consolidación del mercado interno, aumento de las vías, alfabetismo), porque de ellos no se produce directamente o por reflejo un tipo de autopercepción ni autocategorización social. Cada uno de estos “momentos analíticos” ha dado lugar a un conjunto diferenciado de trayectorias investigativas. De un lado están los que se preguntan por la forma en que la nación se inscribe en las biografías; de otro, los que analizan los procesos de larga duración en los que se configuran las condiciones para la nacionalización de la sociedad. Problemáticas específicas como la cobertura del sistema educativo y la expansión de los medios de comunicación permiten articular de manera sistemática ambos conjuntos de preguntas, hasta el punto que hoy algunos autores hablan de la construcción de la nación día a día y del nacionalismo banal, precisamente para recalcar que la pertenencia nacional se vuelve psicología y se afianza en la retórica de los periódicos, los noticieros, las agencias de viajes.⁴

2.2 “Nacionalizar la sociedad”: integración de territorios y grupos sociales

Entre los autores que estudian las condiciones históricas que hicieron posible la emergencia de la nación como una forma específica de comunidad política suelen resaltarse dos procesos de integración, cada uno con sus luchas específicas. Se trata de los procesos de integración territorial e integración de los estratos sociales.⁵ No sobra recordar aquí que se habla de integración no en un sentido “valorativo”, según el cual sería mejor estar integrado que no estarlo, sino en el sentido fáctico de que hay más articulaciones, más relaciones de interdependencia entre los grupos sociales y las regiones de un determinado Estado. Desde la perspectiva de Norbert Elias, el análisis de los procesos de construcción de nación implica una revisión sistemática

3 Alfonso Pérez Agote. “Las paradojas de la nación”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas REIS*, 61, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1993.

4 Michael Billig. “El nacionalismo banal y la reproducción de la identidad nacional”. *Revista Mexicana de Sociología*, 60 (1), México, enero-marzo de 1998.

5 Norbert Elias. *Op. cit.*

y de largo plazo de la forma como los territorios y los grupos se articulan, así como de los contenidos de tal articulación. El mismo autor sostiene que los Estados alcanzan la característica de Estados nacionales a través de los cambios en la distribución de poder entre los estratos sociales y en la propia naturaleza de la estratificación social vigente en una sociedad determinada.⁶

A este respecto, en nuestras ciencias sociales cada vez predominan más las elaboraciones conceptuales sobre los procesos de formación del Estado nacional que se desprenden de las experiencias de los países centrales europeos y de la importancia que en ellos tuvo el Estado absolutista. Menos conocidos o usados son los esfuerzos de distintos investigadores latinoamericanos, asiáticos e incluso de otros europeos cuyas preguntas de investigación insisten en las condiciones particulares con las cuales otros continentes distintos a Europa asumen la tarea de convertirse en Estados nacionales. En esa dirección deben leerse los distintos trabajos de François-Xavier Guerra sobre las modernidades americanas y sobre el contenido particular que la construcción de la nación asume en este continente.⁷ Por su parte, Aníbal Quijano ha mostrado que la nacionalización de las sociedades latinoamericanas está severamente limitada por el carácter colonial de la modernidad en estos países y por la forma como ellos están articulados en el patrón de poder mundial que se conoce como capitalismo. Más precisamente, el autor estudia los procesos de racialización con los que se clasifica la población del continente y que impiden que amplios grupos humanos participen de los nexos salariales y por esa vía accedan al espacio público y ciudadano.⁸ El mismo autor insiste en lo que denomina el “trágico desencuentro entre nuestra experiencia y nuestra perspectiva de conocimiento”. Según él, “cada categoría usada para caracterizar el proceso político latinoamericano ha sido siempre un modo parcial y distorsionado de mirar esta realidad”; de ahí que insista en que es tiempo de “dejar de ser lo que no somos”.⁹

Estos señalamientos son de gran importancia, pues alertan sobre la distorsión implícita en nuestra tendencia a adoptar de manera poco reflexiva el lenguaje político de la modernidad centroeuropea, y ponen de presente la necesidad de descubrir

6 *Ibid.*, p. 110.

7 François-Xavier Guerra. “La nación en América Hispánica. El problema de los orígenes”. En: Marcel Gauchet *et al.* (compiladores). *Nación y modernidad*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1995.

8 Aníbal Quijano. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En: Edgardo Lander (compilador). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Clacso, 2000; Aníbal Quijano. “Estado-nación, ciudadanía y democracia: cuestiones abiertas”. *Op. cit.*

9 Aníbal Quijano. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. *Op. cit.*, p. 242.

cómo la transformación de los sistemas de estratificación social y de la distribución del poder choca con la articulación de las distintas formas de control del trabajo y con el acceso restringido al mundo salarial en Colombia.¹⁰ La necesidad de distinguir entre la forma de nación en el centro y en las periferias de la “economía mundo” le permite a Balibar preguntarse ¿para quién es ya demasiado tarde?, es decir, “¿cuáles son las formaciones sociales que, a pesar del condicionamiento global de la economía mundo y del sistema de Estados originado por ella, ya no pueden realizar completamente su transformación en naciones, como no sea de forma puramente jurídica y al precio de interminables conflictos sin solución decisiva?”.¹¹ En otras palabras, ¿pueden los Estados de la periferia de la economía mundo nacionalizar sus sociedades?, ¿a través de qué dispositivos? Las respuestas a estas preguntas están pendientes y su formulación redefine el campo y los términos de debate sobre la nación.

Los anteriores señalamientos conceptuales resultan de gran utilidad a la hora de explorar los vínculos entre violencia política y nación en Colombia. Como se verá más adelante, las dinámicas de violencia política implican o ponen en marcha nuevas formas de articulación de territorios y grupos sociales, así como una constante disputa en torno a los mecanismos y criterios con los que se distribuye el poder.

3. Violencia política: representaciones de los grupos, integración territorial y de estratos

Es claro que “toda nación es hija del poder aunque se exprese en sus habitantes como una identidad”.¹² Ahora bien, es importante señalar que nuestro interés por articular *nación y violencia política* se alimenta también de un pensamiento de Weber, según el cual “el destino político común, es decir, ante todo las luchas políticas comunes a vida y a muerte, forman comunidades basadas en el recuerdo, las cuales son con frecuencia más sólidas que los vínculos basados en la comunidad de cultura, de lengua o de origen”. Como luego veremos, es lo único que caracteriza decisivamente la “conciencia de la nacionalidad”.¹³

Desde nuestra perspectiva, las diversas dinámicas de violencia política promueven y ponen a circular representaciones de los distintos grupos sociales que empiezan a “constituir” o que “deberían” constituir la nación. En contra de la tendencia a diluir

10 *Ibid.*, p. 204.

11 Etienne Balibar. “La forma nación: historia e ideología”. En: Etienne Balibar y Emmanuel Wallerstein. *Raza, nación y clase*. Madrid, Textos, IEPALA, 1998, p. 142.

12 Aníbal Quijano. “Estado-nación, ciudadanía y democracia: cuestiones abiertas”. *Op. cit.*, p. 147.

13 Max Weber. *Economía y sociedad*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 662.

la pregunta por lo nacional en los procesos de homogeneización, distintos autores han mostrado que “construir la nación” implica producir y divulgar formas estandarizadas y, en ese sentido, “nacionales” de diferenciación regional y cultural. En este punto es útil recalcar la necesidad de convertir en un problema de investigación la producción o actualización de estereotipos regionales en medio de la violencia política, dado que se recurre a diferenciaciones regionales y culturales para organizar y a veces explicar los actos de violencia.¹⁴

Que en torno de la violencia política se producen formas de clasificación social que incluyen unos grupos en el mapa de la nación y que excluyen a otros, es algo que se puede corroborar en distintos testimonios. Esta parte de una entrevista a un isleño en la isla de Providencia en 2002 muestra bien los grupos regionales que son incluidos en la nación por la vía de la confrontación armada y aquellos que quedan por fuera:

Sí, yo estuve en [la cárcel] La Modelo por tráfico de drogas... eso fue terrible... me tocó una de esas guerras que se creaban entre los diferentes patios, entre guerrilleros y paramilitares, por apoderarse de todos los espacios de esa prisión... Yo no entendía nada. Mataban y mataban gente. Eso eran miles de disparos y gritos... era como un infierno que yo nunca había vivido en las islas... no sabía qué hacer, corría y corría de un lado para otro y preguntaba qué pasaba. Hasta que un preso me dijo que eran los paramilitares que habían descubierto que entre sus aliados había un infiltrado de la guerrilla y que lo estaban buscando para matarlo... pero parecía que no sabían muy bien quién era porque mataban a quien se les atravesaba, sin compasión. En esas me cogieron a mí, imagínese, yo que no sé nada de Colombia. Eran dos *manes* que me cogieron y me metieron en una celda, me dijeron que pusiera mis manos detrás de la nuca y que me pusiera contra la pared que me iban a matar. Fue terrible, yo solo pude decir, en lo que pensaba iban a ser mis últimas palabras, que no sabía nada, que yo era isleño, de Providencia. En ese momento parece que se me hubiera aparecido la mismísima virgen... Los *manes* me dijeron: “si usted es isleño no sabe nada de lo que pasa aquí. ¡Entonces, sabe qué hermano, fresco, no lo vamos a

14 Los señalamientos se desprenden de la permanente revisión de los testimonios sobre distintos eventos de violencia política. La clasificación y acusación a los grupos cambia según la zona. Lo importante para nuestro argumento es la constatación de que se recurre a diferenciaciones regionales y culturales para organizar o explicar los actos de violencia. Algunos ejemplos concretos son las alusiones que aparecen en distintos testimonios sobre el hecho de que los paramilitares suelen ser costeños y los guerrilleros tolimeses, o a que los primeros son paisas, y los segundos “cachacos” (la idea de que los “paras” son costeños se hizo muy fuerte con la masacre de Mapiripán, en el Meta, mientras que las distintas incursiones paramilitares en Chocó han sido atribuidas a paisas); el dicho popular en el sur del país: “nacido en el Huila para conquistar el Caquetá”, la reivindicación de los pobladores del Putumayo como ciudadanos putumayenses y no como cocaleros, las ambiguas reacciones que genera entre algunas poblaciones ser “consagradas” como “zonas rojas”, y la insistencia de los actores armados en atacar los denominados “santuarios” del grupo rival. La geografía de la diferencia regional por la vía de la violencia está pendiente.

matar, pero quítese ese pelo rasta, pues si lo volvemos a ver por ahí con ese engendro en su cabeza ahí sí que *la lleva*, no se ponga a *pendejar* con nosotros!". ¡Usted puede creer! Me salvó la vida ser de aquí de la isla y no saber nada de lo que pasa en mi supuesto país.¹⁵

Este testimonio revela las clasificaciones entre los grupos que se incluyen en la nación y los que quedan por fuera. La "mismísima virgen" que se le apareció al personaje de la historia es precisamente que Providencia no cuente en el mapa de la nación que ha producido la confrontación armada. Parecería que Providencia no está conectada con las redes sociales que han promovido o padecido la violencia. Alguien que venga de allí no tiene "nada que ver" con el conflicto. En cambio, si es paisa, valluno o costeño el desenlace no se hace esperar. Como el anterior testimonio lo demuestra, la violencia política actualiza y pone en circulación una serie de estereotipos regionales o sociales que llenan de contenido la pertenencia nacional en tanto forma de afiliación y vinculación. Puesto de otra manera, lo nacional no es lo homogéneo; lo nacional se juega también en el reconocimiento colectivo de algunos estereotipos o de algunas formas específicas de ser regional.

En otros casos, ser objeto de violencia aparece precisamente como el indicio, la prueba de que se pertenece a algo, de que se ha dejado una vida "natural", un mundo propio de la "frontera" y de la "selva" y se ha entrado en el "recinto nacional". Eso se desprende de un caso trabajado por Claudia Steiner en su estudio sobre Urabá, así como de algunas discusiones en torno a la situación humanitaria en Chocó. En el primer ejemplo, Steiner reconstruye el testimonio de una señora y otros miembros de una familia que luego de contar que una mujer había sido picada por una culebra cuando estaba embarazada y que su hijo sufrió toda la vida de una enfermedad que le hacía "deshollejarse como una culebra cada año", finalmente destacan que "al muchachito lo mataron en Turbo", a los 26 años, y que, "donde no lo hubieran matado, ahí estaría hinchado de culebra otra vez". Según Steiner, los familiares explicaron que "del destino trágico de vivir como una culebra, lo salvaría la violencia".¹⁶ En este caso, la violencia opera como un indicio de la creciente articulación del grupo social con la nación o como la única forma de articularse, de intervenir en una comunidad más amplia.¹⁷

15 Camila Rivera. *Old Providence: Minoría no armonía. De la exclusión a la etnicidad*. Bogotá, Universidad de Los Andes, Tesis para optar al título de politóloga, 2002, pp. 145, 146.

16 Claudia Steiner. "Héroes y banano en el golfo de Urabá: la construcción de una frontera conflictiva". En: Renan Silva (editor). *Territorios, regiones y sociedades*. Cali, Universidad del Valle, Cerec, 1994, p. 147.

17 Algo similar se desprende del testimonio de una miliciana, para quien en Colombia "para que le pongan cuidado a uno hay que ser rico o peligroso, y si eres ambas, mejor". A esto también apunta

La importancia de analizar estos señalamientos parte de la constatación de que en ellos se revela un tipo de experiencia del orden nacional y una forma en que se producen las autoclasificaciones de cara a participar en la nación, así sea para reclamar la marginalidad o la exclusión. Lamentar ser excluido de la nación es una forma ya de estar presente en ella, de explicitar su fuerza política e ideológica. La nación no habla solo de lo homogéneo, sino de la jerarquía que se establece entre las diferencias, ellas mismas producidas en las relaciones de poder.

En cuanto a las relaciones entre violencia política y los procesos de integración territorial considerados característicos de la nación, también hay mucho qué analizar. La dinámica territorial implicada en la construcción del Estado nación queda bien recogida en la idea de Colmenares según la cual: “el estudio de la formación nacional [...] podría consistir en indagar qué formas tomó la incorporación de nuevos espacios y de nuevas masas humanas y de qué manera transformaron los viejos recintos coloniales”.¹⁸ Siguiendo esta formulación, es posible afirmar que ciertas dinámicas de violencia política pueden leerse como dispositivos de construcción nacional, en la medida que han permitido la incorporación de nuevos espacios y nuevos grupos poblacionales al “territorio nacional”. Nuevamente, señalar la incorporación no implica el ocultamiento de las desigualdades y las jerarquías. El desarrollo desigual de los poderes sociales en los espacios regionales se traduce en una incorporación también subordinada de diferentes grupos poblacionales en el concierto de la nación. La violencia opera como un mecanismo de articulación entre el Estado y las sociedades locales y, como han mostrado distintos autores, no se produce por una falta de Estado sino, paradójicamente, por su creciente participación en los destinos locales. A partir del trabajo de Mary Roldán sobre la violencia en Antioquia y del estudio sistemático de las monografías regionales sobre el desarrollo de esa violencia en el

la incursión de los paramilitares en el departamento del Chocó a finales de 1996, que desató una serie de discusiones sobre el tipo de articulación de ese departamento con el resto del país. Hasta mediados de los años noventa, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) “descansaban” en el Chocó. “Reposaban” en uno de los departamentos más pobres del país, pero no se les había ocurrido involucrar los reclamos del pueblo negro en su lucha popular (Véase: Ingrid Bolívar. “Ciudadanía multicultural y construcción de un espacio público: El caso del Chocó y la Ley 70 de 1993”. En: *Formación de Investigadores: estudios sociales y propuestas de futuro*. Bogotá, Tercer Mundo, Colciencias, 1998). Luego, con la feroz arremetida paramilitar, se iniciaron los desplazamientos masivos, la representación del desplazado como un afrocolombiano y las distintas luchas de integración y articulación subregional.

18 Germán Colmenares. “La nación y la historia regional en los países andinos”. En: *Varia. Selección de Textos. Obras Completas*. Bogotá, Tercer Mundo, Universidad del Valle, Colciencias y Banco de la República, 1998.

país, se puede idear una tipología que relaciona violencia y modalidades de integración territorial y social, en la que se distinguen cuatro tipos de sociedades regionales que configuran el mapa de la nación.¹⁹

Un primer tipo de sociedad regional corresponde a las zonas que Roldán denomina centralmente integradas. Son regiones de asentamiento tradicional, no necesariamente colonial, pero donde la regulación social ha logrado afincarse en torno de instituciones sociales más o menos fuertes. En estas regiones los partidos políticos cuentan con una gran capacidad para darle forma a los conflictos locales y a la sociedad regional, al tiempo que refuerzan y son reforzados por los tipos vigentes de jerarquización social. Allí la violencia comprometió o enfrentó unas redes de poder contra otras. Se trata del enfrentamiento entre grupos locales de poder por el control de las estructuras de poder local. Esta violencia que Roldán denomina “burocrática” y que a pesar de su gran intensidad se mantuvo bajo los cánones partidistas, es la violencia que caracteriza los municipios cafeteros de Antioquia. No hay análisis regionales de la violencia en Boyacá y Santander, pero se sabe que en estos departamentos la violencia azotó los municipios minifundistas y enfrentó grupos de poder local y unas veredas contra otras. Se sabe también que en esas regiones la violencia no se desplazó hacia objetivos radicales, por lo cual puede decirse que por lo menos algunos municipios de esos departamentos también se ubican en esta tipificación regional. Para hacer frente a la violencia burocrática, el Estado confió en las élites y en las instituciones de control tradicional.

Un segundo tipo de sociedad regional está constituido por aquellas zonas de integración subordinada, mediada por la producción cafetera y la colonización antioqueña. Son regiones de creciente importancia en el mapa político y económico del país, pero también hay otras cuya inserción a la vida política nacional ha estado subordinada al desarrollo de la economía agroexportadora o al predominio de un proceso de colonización específico: la colonización antioqueña. Son las zonas cafeteras propias de aquella colonización, como el departamento de Caldas y especialmente la región de Quindío, el norte del Tolima y el norte del Valle. Zonas en crecimiento, de reciente y próspera articulación con la economía del café, pero en ellas las instancias de control y regulación social no están suficientemente articuladas por la estructura partidista. Se trata de regiones en donde la filiación liberal-conservador cuenta con gran preeminencia pero no estructura los conflictos sociales de la misma manera que en el tipo regional anterior. La filiación partidista es central en estas

19 Aquí reproduzco textualmente una sección de mi libro sobre la violencia de los cincuenta. Véase: Ingrid Bolívar. *Violencia política y formación del Estado. Un ensayo historiográfico sobre la evolución regional de la violencia en Colombia*. Bogotá, Cinep, Universidad de los Andes, 2003.

sociedades pero, por un lado, es una filiación subordinada en el orden nacional, y por el otro, es contestada y/o neutralizada con las iniciativas individuales que en ocasiones ponen entredicho la regulación partidista.

En otras palabras, los liberales y conservadores de estas regiones son liberales y conservadores subordinados en el juego político nacional por aquellos de las zonas centrales. Pero, además, la filiación liberal y conservadora en el seno mismo de la sociedad regional es mucho más fluida de lo que usualmente se supone, porque estas son sociedades que conservan cierto carácter de sociedades de frontera, aun cuando se trate de pujantes centros urbanos. Una de las modalidades de violencia más fuerte en estas regiones fue el bandolerismo, y varios autores han constatado que éste, en cualquiera de sus formas, no constituye un residuo de la violencia sino una de sus manifestaciones más características y masivas. Esto, incluso cuando deba distinguirse también entre tipo de bandolero y preeminencia subregional. Frente a la violencia en estas regiones, el Estado combinó el uso del ejército con el apoyo a sectores partidistas afines.

Un tercer tipo de sociedad regional corresponde a las sociedades cafeteras de Oriente, esto es, municipios del occidente de Cundinamarca y del sur y oriente del Tolima. Como en el caso anterior, se trata de sociedades cuya articulación con la política nacional en la época de la violencia pasa de manera preponderante por el cultivo de café. Pero, en contraste con las zonas cafeteras vinculadas a la colonización paisa, estas regiones no se encuentran en crecimiento sino, por el contrario, en un acelerado proceso de decadencia. Antes de la violencia, estas regiones, con excepción parcial del sur del Tolima, fueron escenario de importantes conflictos agrarios que revelaron la radicalización política de la zona, ya en la década del treinta y bajo las banderas de la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR), el Partido Agrario Nacional (PAN) y otros movimientos. Esto, a pesar de que se trata de regiones de un poblamiento mucho más tradicional que las anteriores y de zonas donde la fortaleza de la hacienda haría esperar que fueran los partidos políticos tradicionales los que enmarcaran los conflictos de la sociedad regional. Estas zonas cafeteras en decadencia venían siendo reemplazadas en la producción de café desde comienzos de los años veinte por municipios del departamento de Caldas. Exactamente en los años treinta es claro que la principal producción cafetera corresponde a las zonas centro-occidentales, a regiones de colonización antioqueña. En estas zonas cafeteras en decadencia, en el oriente del Tolima y en Cundinamarca, la modalidad de violencia política más importante implicó la lucha de guerrillas liberales y, posteriormente, la estigmatización de algunos municipios como comunistas. Frente a la violencia de estas regiones, el Estado acudió al ejército e incluso convirtió algunos de estos municipios en zonas estigmatizadas por la presencia comunista.

Finalmente, un cuarto tipo de sociedad regional afectada por la violencia, pero bajo la modalidad específica de lucha entre guerrillas, corresponde a las zonas periféricas y de frontera. Los distintos extremos de Antioquia, tanto como las zonas del Magdalena Medio y los Llanos Orientales sufren una violencia que aun cuando asume los ribetes partidistas, recubre con ellos problemas de tierra y trabajo. En estas regiones la violencia comenzó invocando la retórica partidista, pero pronto desbordó sus antiguos márgenes para incluir desafíos a la dominación bipartidista en sí misma. Como en los casos anteriores, se enfrentan “contrachusmas” y guerrillas liberales, al tiempo que la respuesta del Estado da preeminencia al papel del ejército en el control de la violencia. En algunas de estas regiones, la guerrilla liberal va a evolucionar hacia formas de resistencia no partidista o comunista.

Hasta aquí se puede observar que por la vía de la violencia política se redefine una geografía nacional, se involucran nuevos espacios y grupos sociales al mapa de la nación y se transforman las condiciones de la competencia política. Precisamente, los trabajos analizados caracterizan los conflictos políticos entre sectores establecidos y marginados en la política local y en las facciones al interior de cada uno de los partidos. En el caso del Quindío, por ejemplo, analizado por Carlos Miguel Ortiz, es una facción de políticos emergentes la que lidera la constitución del departamento y su separación de las redes políticas predominantes en Caldas. Este proceso recuerda las palabras de Elías en torno a la nacionalización de la sociedad como una distribución del poder entre diferentes grupos sociales.

Otras investigaciones han mostrado que el conflicto armado opera de manera similar en distintas regiones. Así, por ejemplo, en zonas como el Bajo Cauca antioqueño y Urabá,²⁰ o en Córdoba, la región se configura en torno del conflicto armado. En efecto, en ambos casos, aunque de modos distintos, el conflicto armado moviliza la constitución de actores locales, el establecimiento o redefinición de las relaciones con el Estado y la delimitación de una sociedad regional. En los distintos casos el conflicto armado no sólo incide en la configuración de una región y en su creciente proyección sobre el resto de la sociedad nacional, sino que incluso hace que esa región sea escenario de disputas que trascienden el carácter regional. Por la vía del conflicto armado emergen y se nacionalizan distintos conflictos regionales, al tiempo que las regiones se convierten en escenarios para el ejercicio y la definición de intereses del orden nacional.²¹ Los procesos recientes de integración territorial por

20 Clara Inés García. *Urabá, región, actores y conflicto 1960-1990*. Medellín, Cerec, 1996.

21 *Ibid.*; Fernán González, Ingrid Bolívar y Teófilo Vásquez. *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la formación del Estado*. Bogotá, Cinep, 2003.

la vía del conflicto armado son relativamente conocidos y están más o menos documentados.

En cuanto a la integración de estratos y a la transformación de la naturaleza de los procesos de estratificación vigentes en la sociedad colombiana, la investigación está pendiente. Los esfuerzos de Álvaro Camacho y de otros investigadores por hacer una “sociología del narcotráfico” no han tenido continuidad; la composición social de las redes de los actores armados, tanto como la de las redes políticas locales no ha sido investigada sistemáticamente, pero sin duda en ella se expresan las formas de estratificación activas en nuestra sociedad. Aquí vale recordar las alusiones de Pablo Escobar a los problemas que tenía con los “blancos” de Medellín. Nosotros no sabemos cómo funciona la racialización y las distintas formas de clasificación en las redes ilegales; ni siquiera tenemos un conocimiento sistemático de la forma en que la violencia política transforma la composición de las redes electorales en las distintas zonas del país y del tipo de personajes que en condiciones de confrontación armada opta por la política. Empero, algunas investigaciones que se llevan a cabo actualmente²² pueden ser útiles para tratar de entender un poco más cómo funciona el sistema de incentivos en una organización armada ilegal, lo cual también es una forma de revisar la naturaleza de la estratificación vigente entre distintos sectores sociales.

Consideración final

Para terminar, no sobra insistir en las palabras de Aníbal Quijano: “tenemos que dejar de ser lo que no somos”. Dejar de hacer la ciencia social de la anomalía, de lo que nos falta para ser Estado, para ser nación. En esa tarea es preciso comprender las servidumbres de nuestras categorías, las experiencias históricas que ellas idealizan y abstraen, pero también es necesario conceptualizar nuestra propia experiencia social y denunciar los límites impuestos al proceso de nacionalización de nuestras sociedades, límites que están inscritos en lo que algunos autores han llamado “la colonialidad del poder” y del saber.

Ese esfuerzo por conceptualizar nuestra experiencia social es especialmente urgente y para realizarlo es preciso conocer la génesis social de nuestras categorías, sus supuestos, las historias que la hicieron posible y que ahora ella tranquilamente oculta.

22 Como la investigación de Francisco Gutiérrez Sanín y su grupo, en la que se indaga, entre otras cosas, por la situación laboral de los individuos vinculados a las Farc.